

# Salir a ganar



**Fernando Fernández Méndez de Andrés**

Es urgente una estrategia de salir a ganar, que recupere la voluntad de asumir riesgos y olvidarse de la imposible protección absoluta del Estado. Una estrategia de ciudadanos responsables, no de súbditos sumisos.

Las metáforas bélicas se han hecho populares. No creo que esta crisis sanitaria, económica y social sea una guerra, pero si lo fuera, parece que hemos decidido ganarla por extenuación del contrario, por agotamiento o aburrimiento del virico enemigo. Ganar la guerra encerrándose en casa sería una verdadera primicia. Pero esa es la estrategia del Gobierno. La del árbitro que se equivoca no pitando un clamoroso penalti y se pasa todo el resto del partido dedicado a compensar el daño causado. No cabe duda de que el Gobierno se equivocó gravemente, por ignorancia o dolo es otra cuestión, en declarar la pandemia a tiempo y al hacerlo contribuyó a agravar el contagio. Y ahora intenta compensar, equivocándose de nuevo en retrasar la salida del confinamiento más estricto de occidente. Culpa indignamente de los muertos que puedan producirse en un eventual rebrote del virus, a los que democráticamente se oponen a su obsesión por prolongar de manera innecesaria e inconveniente el estado de alarma.

La estrategia del encierro sería razonable para evitar el colapso del sistema sanitario si estuviéramos ante un *shock* exógeno, breve y extraordinariamente intenso. Pero de esto hace ya más de dos meses. Tiempo más que suficiente para que un gobierno medianamente eficaz, utilizando las competencias que le son propias e indelegables, tome las medidas adecuadas, refuerce y organice el sistema sanitario coordinando autonomías y proveedores públicos y privados, lo dote de medios materiales y humanos suficientes, asegure los suministros necesarios y diseñe planes de contingencia. Tiempo más que suficiente para que el consenso económico y científico haya variado definitivamente hacia una crisis larga de salida lenta e incierta. Este virus no va a desaparecer milagrosamente, por desgracia. Tenemos que aprender a convivir con él. Tenemos que volver a trabajar y a hacer vida normal, a no dejarnos arrebatar nuestro modo de vida, como se decía en tiempos de consenso antiterrorista, por volver a las metáforas bélicas tan del gusto presidencial. Pero un Gobierno enfermo del síndrome del árbitro compensador solo ve peligro de rebrote. Ignora así todos los llamamientos a minimizar el coste económico y los rechaza despectivamente.

Es posible que el Gobierno piense honestamente que algunos econo-

mistas han descubierto la piedra filosofal, la monetización infinita de la deuda. Que en un escenario eterno de tipos de interés cero, se puede crear dinero a voluntad sin peligro alguno, ni de inflación ni de insolvencia de las cuentas públicas. Sería algo a discutir si mantuviéramos la soberanía monetaria, aunque es el error argentino y van por su novena suspensión de pagos por mucho que algunos se empeñen en hacernos creer que esas cosas no pasan en Europa. Pero es que además tenemos un pequeño problema, mientras no hagamos de Varoufakis dependemos de la voluntad y credulidad de nuestros

cir su querencia intervencionista. Y a semejanza del Franco de la posguerra quiera dibujar el futuro a su voluntad, planificarlo para que se acomode a su visión del mundo feliz, verde, sostenible inclusivo, y no sé cuántos hermosos calificativos más. Y lo hará tanto a golpe de impuestos al pecado, (actividades reprobables a extinguir) como de subvenciones a los buenos, para fidelizar y ampliar así su electorado, extendiendo a la economía las políticas identitarias. Seleccionar ganadores es una tentación inevitable para todo buen arbitrista. Colma la soberbia del político y economista de cualquier ideología.

renacido mercantilismo, una fracasada ideología del XIX que solo extendió la miseria y condujo al comunismo y al fascismo.

Volvamos cuanto antes al discurso y a las políticas de crecimiento económico. Trabajemos sobre políticas horizontales de crecimiento, por las que apuestan por crear condiciones competitivas, un marco regulatorio, fiscal, laboral y social, atractivo para la inversión y la rentabilidad. Somos un país pequeño y endeudado, necesitado de inversión exterior. Dejemos que los empresarios asuman su riesgo, obtengan su beneficio y carguen con sus pérdidas. Por cierto también

los extranjeros, europeos o no, porque la autarquía nada bueno nos ha traído nunca. Que nazcan mil flores, porque en tiempos de cambio nadie puede arrogarse el conocimiento de qué va a tener éxito. Que no nos pinten el nuevo mundo los arbitristas con el dinero de todos. Que se jueguen el suyo en crearlo. No reivindicamos la igualdad sino el mérito y la superación de la pobreza. No legitemos la envidia sino la dignidad. Extendamos la red de seguridad, pero no incentivemos la economía sumergida.

## Estrategia de salida

Si en el camino hay que ayudar a los inversores y empresarios que arriesgan, por la extraordinaria incertidumbre que el coronavirus extiende sobre las rentabilidades futuras, que sea con garantías crediticias a largo plazo, adicionales a su propio patrimonio como colateral. O con participaciones subordinadas llegado el caso, pe-

ro siempre ejerciendo el Estado como inversor ciego, participando en los posibles beneficios futuros pero sin condicionar la gestión ni imponer políticas laborales, de inversión o de reparto de beneficios. Y con una clara estrategia de salida, vinculada a indicadores objetivos y públicos que en nada recuerden a los de superación de las etapas del desconfinamiento.

Es urgente una estrategia de salir a ganar. Una estrategia que pasa por recuperar la voluntad de asumir riesgos y olvidarse de la imposible protección absoluta del Estado. Una estrategia de ciudadanos responsables, no de súbditos sumisos. El Gobierno parece decidido a jugárselo a la seguridad y a la suerte europea, confiando en que es "demasiado grande para caer". Como los malos equipos que se le juegan al empate y llegar a los penaltis. O los jugadores de órdago al mus. Pero es un partido demasiado serio para dejarlo en manos de aficionados incompetentes.

IE Business School

## El virus obliga a los países ricos a asumir una deuda de 17 billones

Chris Giles/Robin Harding. Financial Times.

Los países ricos van a tener que asumir una deuda extra de 17 billones de dólares para combatir las consecuencias negativas de la pandemia provocada por el coronavirus, según datos de la OCDE, que también alerta de la brusca caída de los ingresos fiscales mermará las medidas de estímulo que se han puesto en marcha para reactivar la economía.

Como término medio, los países de la OCDE verán aumentar su deuda desde un 109% del PIB hasta el 137%, dejando a muchos de ellos en un nivel de deuda similar al que tiene Italia actualmente. Esas cifras significan que cada ciudadano de la OCDE -1.300 millones de personas, en total- debería asumir una hipotética deuda de 13.000 dólares. La deuda de estos países podría incluso aumentar si la recuperación económica tarda más en llegar de lo que esperan los expertos.

Randall Kroszner, exgobernador de la Reserva Federal, explica que esta situación genera dudas sobre la sostenibilidad a largo plazo de los actuales niveles de deuda, tanto pública como privada. "Tenemos que afrontar la dura realidad, no vamos a tener una recuperación en forma de 'V', asegura.

La OCDE explica que la deuda de los países socios de la organización aumentó un 28% durante la crisis financiera de 2008-2009. Sin embargo, se espera que la crisis provocada por el coronavirus será aún peor.

## Medidas fiscales

Aunque muchos gobiernos han puesto en marcha medidas fiscales adicionales -desde el 1% del PIB en España o Francia hasta el 6% en Estados Unidos-, lo más probable es que se vean superadas por el aumento de la deuda pública ya que la caída de los ingresos fiscales cae incluso más rápido que la actividad económica durante una recesión profunda, según la OCDE.

El secretario general de la OCDE, Ángel Gurría, ha alertado de que este incremento de los niveles de deuda podría suponer un problema en el futuro. No obstante, cree que los países no deberían preocuparse de ello mientras se encuentran en plena crisis.



socios en la Europa del euro. Y no parecen muy partidarios. Siempre queda el recurso de insultarles hasta que se ablanden, pero no tiene mucha pinta de acabar bien.

Urge abandonar la ficción de que la política económica tiene como único objetivo en esta crisis asegurar la existencia de subsidios para todos, parados, despedidos, confinados, autónomos, jóvenes que se quieren emancipar, empresas, pymes y micros sin reparar en su solvencia futura. Como escribía el otro día Raghuram Rajan, exgobernador del banco central de India y economista jefe del FMI, la crisis va a durar y ha llegado la hora de tomar decisiones difíciles; el café para todos no va a funcionar. Y cuando antes empecemos a racionalarlo mejor para todos. Es la hora de pensar qué empleos serán viables, qué empresas serán solventes, qué sectores serán atractivos para los inversores.

Si algún día este gobierno piensa en ello es probable que saque a relucir

Pero nunca ha funcionado y esta vez tampoco será diferente.

## Nueva normalidad

También parece tentador el discurso *hippie* de los sesenta. Esa idea de que en la nueva normalidad, lo local es hermoso y lo global una amenaza. Esa mezcla de romanticismo californiano y proteccionismo cañi ha surgido como la nueva religión de los eco-modernos que creen que la Tierra se ha vengado de nosotros. Como los fundamentalistas veían en la peste un castigo divino. Demasiado gurú sobrevenido se ha convertido en profeta de un nuevo mundo. Olvidan deliberadamente que el proteccionismo solo trae pobreza y represión de los diferentes. Poner límites a la globalización, proteger el mercado local, fomentar la producción nacional y los suministros locales, crear campeones nacionales, asegurar el trabajo para los nuestros, lo pida la América de Trump, la Europa de Macron o la Cataluña de Torra, es alimentar un